

ROBERTO SÁNCHEZ

LAS
GRABACIONES
DEL
COMISARIO

Un caso de los inspectores
Velasco y Benítez.



LAS GRABACIONES DEL COMISARIO

ROBERTO SÁNCHEZ



Rocaeditorial

© 2018, Roberto Sánchez

Primera edición: noviembre de 2018

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: José Antonio Bernal

ISBN: 9788417541675

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LAS GRABACIONES DEL COMISARIO

Roberto Sánchez

«Un nuevo caso de Velasco y Benítez, los investigadores de *Asesinos de Series*

Un joven entrenador personal aparece asesinado en su casa, un lujoso apartamento que nunca se podría permitir por su nivel de ingresos. Los investigadores de *Asesinos de series*, la inspectora jefe Isabel Velasco y su ayudante, Benitez, afrontan este nuevo caso en un ambiente turbio y enrarecido en comisaría ante el goteo incesante de grabaciones que comprometen a altos cargos del ministerio. Detrás de esa operación de chantaje se intuye que está la larga mano del ex comisario Bermejo, conocido por sus vínculos con la corrupción y que sigue manejando desde prisión los hilos de las cloacas del Estado.

¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar el comisario corrupto? ¿Quién será la próxima víctima de las grabaciones del comisario?

ACERCA DEL AUTOR

Roberto Sánchez Ruiz (Barcelona, 1966) es un periodista radiofónico español vinculado a la Cadena SER desde 1988. En sus comienzos profesionales pasó por Radio Cadena Española, de Radio Nacional de España, y la COPE (Sabadell). En 1993 fue nombrado delegado de Radio Valencia 2. De 1994 a 2012, creó y dirigió *Si amanece nos vamos*, el primer programa de transición entre la noche y la mañana, valedor de un Premio Ondas, un Micrófono de Plata y una Antena de Oro. Desde septiembre de 2012 colabora en *La Ventana* de Carles Francino. A lo largo de su carrera ha trabajado con profesionales como Iñaki Gabilondo, Carlos Herrera, Andrés

Caparrós, Julio César Iglesias, Gemma Nierga o Javier Sardà. En televisión ha presentado los programas *Supercampeones* (Telemadrid), *6,25* (TVE, espacio dedicado al mundo del baloncesto) y *En el candelabro* (Telecinco, debate de actualidad).

LAS GRABACIONES DEL COMISARIO

1

Para mis cincuenta y largos, no poder lucir los pectorales de Mario Tauste, de piel tersa y exentos de un solo miligramo de grasa, no era solo una cuestión achacable a mi falta de rigor y constancia con las pesas, ni de lo sencillo que me resultara encontrar mil vías para escapar de la cárcel dictatorial del régimen, de la tiranía de la dieta; la puñetera genética también jugaba de manera ventajosa. Aun así, no le cambiaba a Tauste la mano de cartas que le había repartido el destino aquella noche, porque tener en ese momento un pecho idéntico al suyo conllevaba presentar un orificio de bala del calibre 22 por donde el acero se había colado de manera certera hasta reventarle el corazón. Certera, me refiero, si lo que perseguía quien reservara previamente el proyectil en la recámara de la Walther era que el joven preparador físico dejara de torturar para siempre a los incautos vigoréticos que solían contratar sus servicios. Su cuerpo inerte daba fe de que no volvería a facturar ni un euro por ese concepto.

—Ha sido alguien a quien conocía la víctima, Benítez —fue la primera consideración que hizo mi superiora, la inspectora jefe Isabel Velasco, después de achicharrar varios pósits con decenas de apuntes, en referencia a que la puerta no había sido forzada.

Además, el cuerpo de Tauste daba la impresión de que descansara en el sillón orejero del salón, tras una relajante ducha. Estaba desnudo, despatarrado, como si hubiera preferido que le practicaran una felación y no recibir un disparo letal. Caprichos que tiene uno. Esa fue una de las observaciones más claras que circularon al unísono, tanto por mi mente como por los papelititos de Velasco, aunque ninguno de los dos la verbalizáramos en aquel instante. El rigor del miembro llamaba la atención. Dejó testimonio gráfico de ello el compañero de la Forense encargado de inmortalizarlo, valga

la paradoja.

Coronábamos así otro día histórico para olvidar; una jornada pegajosa y tensa en la comisaría, en un septiembre ya tardío en el que el calor se empeñaba en no dimitir.

Dimisión. Esa era la letanía que sonaba a todas horas y en todas partes. También en el fragor del debate a voz de perro que los tertulianos se habían ladrado aquella mañana en la tele y se escupían en la radio sintonizada en el coche. La escuchábamos en el trayecto que nos condujo hasta el exclusivo barrio de Mirasierra.

Cada día aparecían nuevas grabaciones a través de la web LasCosasDeMoncloa.com. Una página que, presentándose como un medio de comunicación «alternativo», llevaba un par de semanas, con un goteo continuo, colgando conversaciones que en su origen fueron privadas pero cuyo contenido ponía en un serio brete a sus protagonistas y la integridad de estos.

El serial señalaba en aquellas fechas a la ministra de Justicia, Socorro del Grado, que tras haberse transmutado en san Pedro y haber negado hasta en tres ocasiones que en ningún momento de su vida se hubiera reunido, hablado, o visto siquiera, con el excomisario José Luis Bermejo, estaba quedando en evidencia que había faltado a la pureza de la verdad. Se la escuchaba, entre tintineos de cubiertos y copichuelas, alternar con el susodicho y con un exjuez estrella. Ex en la doble condición. Añadiríamos tal vez una tercera si incluyéramos la posible relación con la ahora ministra, pero de este extremo no estoy del todo seguro. No he sido nunca amante de chascarrillos chafarderos y vulgares, por muy de la casta que sean los implicados.

Y si Del Grado se había despachado con mayor o menor fortuna —y elegancia— sobre la condición sexual de quien ahora era su compañero de gabinete —y otrora lo fue de la carrera judicial—, o sobre la minoría de edad de las jóvenes doncellas que, previo pago, los remilgos morales de ciertos magistrados de renombre no les habían impedido «cepillarse» o, incluso, si le hubiera dado por bromear en torno al tamaño de la maza de cierto presidente del máximo tribunal, a nosotros no nos hubiera concernido lo más mínimo, más allá de lo que en términos de comidilla de mentidero le estaba suponiendo al resto del común de los plebeyos del reino.

Pero en la comisaría la cosa adquiría otro cariz. Quien más, quien menos había tratado o conocía las maldades del puchero que llevaba tiempo

cocinando el excomisario Bermejo. Ahora, desde la cárcel. Aunque antes de llegar allí, había emergido desde lo más profundo de las cloacas del Estado, le había dado su mano pringosa de mierda a diestro y siniestro, había cerrado negocios turbios con muchos de ellos, y ahora se sabía que en los mismos actos donde le habían impuesto las más obsequiosas de las condecoraciones, él había dejado constancia de ello en horas y horas de grabaciones —un terabyte, se comentaba— con las que, era evidente, estaba dispuesto a chantajear a dios bendito si fuera menester.

Desde la planta noble del ministerio, el rechinar de rodillas nerviosas, temerosas, se escuchaba con tal vigor que diríase que estaban a punto de hacer tambalear los cimientos. Cierto es que no eras nadie en este puñetero país si no notabas el aliento de la amenaza en el cogote a resultas de las grabaciones que, a modo de aspersor de porquería, lo estaban tiznando todo. Y nuestro jefe, el comisario Castro, era uno de ellos. Uno de los que compadreó con frecuencia, e imaginábamos que en las más diversas y jugosas de las circunstancias en las que se pudieran compartir confidencias sin filtros ni autocensura.

Por esa razón, a la mañana siguiente tardamos más de la cuenta en entrar en la reunión de grupo para abordar las primeras pesquisas en torno al aparente asesinato de Mario Tauste. Castro había sido convocado de urgencia, junto al resto de prebostes de los más altos niveles, para evaluar la cantidad de aguas residuales que podrían emerger desde el alcantarillado del que solo tenía llave el indeseable Bermejo. Eso retuvo una hora más a la inspectora jefe Velasco, a la que citaron para informar sobre la línea editorial de lo que se cocía por las esferas donde se tomaban las decisiones. Tras tres intentos frustrados de empezar la puesta en común, un wasap de la jefa me dio la orden de que fuéramos tirando sin ella.

Terminamos y me quedé de guardia, ordenando los datos aportados por los de Criminalística y los de la Tecnológica. La tele puesta a todo trapo en la sala contigua. Un reportero, desde el arcén de la A4 según indicaba el rótulo, se esforzaba para que su voz no fuera atropellada y sepultada entre las ráfagas de los vehículos que circulaban rozándolo.

«Fue precisamente en este punto, a la altura de la localidad de Tembleque, y en dirección a Toledo, donde un transeúnte alertó de su hallazgo a la Guardia Civil. Dinero. Mucho dinero. Billetes que sumaban una cantidad próxima a los

250.000 euros. En realidad, ahora es cuando ha trascendido. Ocurrió hace dos días, y se vincula a un control rutinario establecido por Tráfico un kilómetro más adelante. El portador, advertido de alguna manera, se habría deshecho del botín antes de llegar a ese punto.»

Cuando por fin dejaron bajar a galeras a Velasco, la concentración de testosterona ya se había disuelto. Sin embargo, a juzgar por cómo arrugó la nariz, la saturación de masculinidad propia de gimnasio de instituto andaba todavía flotando en el ambiente. «Más que masculinidad, es *guarrineidad*», respondí a mis elucubraciones.

Velasco nadaba contra corriente. No son tiempos en los que se pondere la discreción como un valor al alza. No soltó prenda. Aunque, basándome en las horas de vuelo que llevamos juntos, y los tiros que nos quisieron dar, no arriesgo mucho si digo que entró en la sala con expresión agria. Adivino que ese mohín se lo marcó escuchar las consignas que la rumorología ya estaba esparciendo por todos los corrillos, las llamadas a «prietas las filas» y las invocaciones a las fidelidades inquebrantables. «Aquí, si zarandean a un hijo de la gran puta, no olvidemos que es nuestro hijo de la gran puta.» Arqueó las cejas por encima de unas gafas inexistentes. Confirmé que estaba escuchando lo que no oía: mis pensamientos.

—Nosotros, a lo nuestro, a resolver el caso del asesinato del preparador físico. —Esa fue su única referencia a que el chaparrón no nos distrajera—. Aparte de la profesión, ¿qué más sabemos de Mario Tauste?

—Varón...

—No es necesaria tanta exactitud científica, Benítez. —Me percaté de que, inconscientemente, mi brazo derecho había ascendido en ángulo de 45 grados con el puño prieto para subrayar gráficamente el sexo del interfecto.

—Perdón, inspectora, imagino que recuerda que su miembro seguía en estricto rigor a pesar de su «*mortis*».

—Hay circunstancias de la escena del crimen que no se olvidan nunca, amigo.

—Andreu, el forense, confirma que estaba en pleno acto sexual, y tanto es así que no le dio tiempo ni a perder la erección cuando le descerrajaron, desde abajo, y casi a quema piel, el tiro mortal.

—¿Felación? Habrá saliva. Festival de restos de ADN.

—Los hay. Pero no en nuestros registros. Ninguna coincidencia.

—¿Qué más?

—Veintisiete años, de Cuenca. Llegó a Madrid hace siete, para estudiar Ciencia del Deporte, el INEF de nuestra época, y se quedó.

—No nos metas a todos en tu generación.

Hice como que no escuché aquel comentario que era más irónico que real. Velasco también había llegado al medio siglo, aunque se esforzara en aparentar no más de cuarenta. Y el empeño daba sus frutos.

—Lo que más nos ha llamado la atención es que en absoluto casa su ritmo de vida con los ingresos de un entrenador personal. Lo declarado a Hacienda el último año no le da ni para pagar los altavoces de la tele esa de marca alemana.

La elegancia de Velasco le impidió corregirme. Más tarde me enteré de que, aunque suene a dúo cómico germano, la firma es de origen danés. Fue al leer el informe solicitado a Delitos Informáticos. La otra gran contradicción era que alguien con perfiles activos en todas las redes sociales no tuviera ordenador. Ni tablet. No se halló ninguno.

—Algunos utilizáis el del trabajo.

—En este caso, lo dudo, jefa. No hay portátiles en las salas de máquinas del gimnasio. Y por no encontrar, no habíamos encontrado ni su móvil.

—Da la impresión de que alguien se encargó de limpiar el apartamento. — El «limpiar» quedó entrecomillado con un balanceo de cuello de la inspectora jefe.

—Y se tomó muchas molestias.

—Otra evidencia de que quien lo hiciera lo tenía todo controlado y no dejó nada en manos de la improvisación, ¿no? —argumentaba retóricamente Velasco—. En un homicidio, en una reyerta sobrevenida, nadie tiene la sangre fría para hacer una parada técnica y llevarse solo lo que le interese antes de huir de la escena del crimen.

—Añada a todo eso que no se suele contratar fibra óptica, una banda así de ancha —y esta alusión la hice más gráfica simulando coger en el aire un balón invisible—, para conectar solo la tele.

—¿Qué dice el historial de su Netflix?

—*Suites* y *The Good Wife*. Se daba atracones de esas dos series de abogados.

Quizás la explicación estaba en la profesión de quien descubrimos que intercambiaba más llamadas y mensajes con nuestro hombre. El registro que nos facilitó la operadora móvil de Tauste, previo requerimiento judicial, nos llevó hasta Andreu Solís, pasante en el prestigioso bufete FH&Co. El teléfono que utilizaba era el que le había puesto a su disposición la firma en la que llevaba intentando medrar desde febrero de ese mismo año, un mes antes de que iniciara «una relación estrecha», según sus propias palabras, con Mario Tauste.

Así nos lo transmitió cuando le hicimos una visita en las oficinas del despacho de abogados, pegado al hotel Wellington, en pleno barrio de Salamanca, zona extra superior.

—No quisiéramos incomodarle, podemos ir a otro sitio más discreto para usted —le propuso Velasco.

—Aquí estaremos bien, no se apure. —Y con un gesto nos invitó a que tomáramos asiento, igual que él había tomado prestada para la ocasión una sala de reuniones de maderas nobles y pinturas de inversor, más que de coleccionista.

La profesión nos ha enseñado que mejor mantener las distancias con las apariencias y no darles ni dos céntimos de crédito. Aunque otra cosa bien distinta es que no nos llamara la atención que aquel muchacho no dejara traslucir ni la más mínima pena por el dolo que le habría tenido que causar que se hubieran quitado de en medio, de aquella forma tan ruin y violenta, a su novio-relación-estrecha.

Estuvo inquieto, casi bailarín, levantando constantemente la mirada por entre las persianas de largos faldones verticales que hacían de aquella pecera algo más reservado.

—La tarde que murió... que mataron a Mario, estuve en la embajada de Brasil. Estoy tramitando mi traslado. Aquí, en FH, me han ofrecido un puesto de cierta responsabilidad en la delegación de São Paulo. Cuando llegué a casa, recibí la llamada de Asunción, la secretaria del presidente. Ella sabía que Mario y yo éramos muy amigos.

—¿Tan amigos como para pensar en irse a vivir juntos a Brasil? —me permití preguntarle.

—No —se ruborizó hasta casi entrar en la combustión espontánea—, tanto como eso, no.

Seguíamos intentando recomponer la vida de Tauste. Había indicios más que razonables para deducir que el alto nivel económico que se permitía tenía su origen en el ofrecimiento de sus servicios físicos, aunque en un ámbito que requería de igual fragor e intensidad que el kick boxing, pero de mayor contacto de piel con piel. O sea, que Mario Tauste se prostituyera no lo pudo negar «su-amiguito-del-Alma».

—Al menos, nos queda claro que no había amor, pero que el pasante no era un cliente más —concluyó Velasco, de vuelta a comisaría.

En la radio, de nuevo informaciones sobre el paso que había decidido dar la fiscalía para investigar los vínculos que pudiera haber entre la web que escupía audios de las grabaciones que estaban poniendo en jaque a media España y las actividades económico-delictivas por las que el excomisario Bermejo estaba en prisión.

—¿Cree que Castro puede salir escaldado de esto? —intenté que soltara prenda sobre cómo habían aleccionando a los altos mandos cuando fueron llamados a capítulo.

—Eran íntimos, Benítez. Y ya sabes que si a ti, o a mí, nos pudieran sacar grabaciones de charlas entre colegas, en el mejor de los casos nos iban a humanizar en exceso, dejémoslo ahí.

En ocasiones pienso que hay micrófonos por todos los rincones, y que no solo los pone Bermejo. ¿De quién estábamos hablando? Pues el mismo rey de Roma, al aparato:

—Castro quiere vernos.

—¿Ver...NOS? ¿A ambos? ¿A los dos? ¿A usted y a quién más? ¿A mí? —todas esas preguntas las iba encadenando viendo la espalda de mi jefa, siguiéndole el paso ligero y firme, camino del matadero, del cortijo del comisario.

Que qué cojones nos habíamos pensado, que si podíamos meter los hocicos en asuntos que eran de Estado, ¡de Estado, joder!, lo repetía gritando, con la vena del cuello en un lila muy vivo, a punto de estallarle en muerte.

—¡Andreu Solís es nuestro hombre! ¿Qué mierdas tenéis que ir a tocarle los huevos y ponerle en evidencia? Estáis poniendo en riesgo su vida, ¡su vida! Lo tenemos infiltrado en ese despacho de abogados. Es un servicio reservado, protegido. ¿Cuándo vais a aprender que aquí los pasos se dan poquito a poco? ¡E informando previamente a la autoridad competente, hostia

puta!

Le salieron tres truenos y siete perdigones más por la boca, y se ocultó tras el enorme respaldo de su sillón, que vi cómo empezaba a curtirse en cuero político.

2

Había pasado una semana y al panel de la pizarra magnética con el título de «Caso Gym» sumamos una captura de una cámara del CCTV de seguridad de un edificio contiguo al de Tauste. Era un fotograma del único vehículo que circuló en ese sentido, doce minutos antes de que un objeto contundente en manos de un encapuchado reventara la lente que un día después no pudo identificar al visitante que acabó con la vida del preparador físico. Se trataba de un VW Tiguan, negro, pero la matrícula estaba incompleta. Acababa en 5 y las letras podrían ser JLT, LTT o similar.

—Le pusieron laca para que no saliera reflejada en la imagen. Pero se la pusieron mal. ¡Una puta chapuza! —así nos lo había dicho nuestro pasante particular, el chaval de prácticas en el grupo.

Volvimos sobre nuestros pasos. De nuevo en Mirasierra, además de echarle un enésimo vistazo al pisito de Tauste por si algo se nos hubiera podido escapar, interrogamos al portero de la finca. A ver, no un interrogatorio como tal, que es que hasta a mí me pueden los formalismos. Digamos que, tuvimos una charla. Distendida. Y conforme se iba soltando, nos iba «narrando», como decía él, la intensidad de vida casquivana y disoluta que llevaba el desafortunado inquilino. No llegamos a saber cuáles eran los baremos aplicados a su amplio catálogo de servicios, pero no se podía negar que todo lo que se agenciaba en negro, se lo ganaba a pulso.

—Y, Miguel, solo una cosita más y no le entretenemos —lejos de aliviarle aquella promesa, al portero se le vio decepcionado al comprobar que su estrellato lindaba ya con el ocaso—, ¿las únicas cámaras de seguridad están en la entrada del garaje desde el que se accedía directamente por el ascensor al piso, con una llave por planta?

—Tal cual, señora.

—¿No se habían estropeado nunca?

—Nunca, hasta un día antes del asesinato.

—Muchísimas gracias, Miguel. Nos ha servido de gran ayuda.

Nos despedimos. Yo, creo que hasta con un abrazo. Tengo esos prontos incontrolables que, con una mirada a veces escéptica y en ocasiones irónica, me intenta corregir mi superiora.

Estábamos en un momento de la investigación donde empiezan a caer en cascada datos y datos que ni el más avisado de los ordenadores cuánticos podría manejar con racionalidad.

—¿Un crimen de qué origen, jefa? ¿Una venganza? ¿Pasional? ¿Celos? ¿Un ajuste de cuentas?

—No tengo ni la más remota idea.

Ernesto de la Calle nos trajo noticias de la Tecnológica:

—Se ha podido recomponer un clon, virtual, de lo que podría tener en el ordenador desaparecido de su casa. Lo hemos hecho con los datos de la IP de la fibra óptica, y sabiendo los servicios o webs en los que entraba con el usuario de Gmail. Pues bien, una semana antes, la línea estuvo trabajando a destajo para subir un terabyte de datos a la nube. El espacio lo contrató en 2plus2.

—¿Y qué hay? ¿Datos de qué?

—Aquí viene lo bueno; o lo peor, en este caso. Se rescataron y se borraron de la nube media hora después de su muerte.

En un terabyte cabe mucha información. Un terabyte es una unidad de medida. Pero nunca lo había oído tantas veces como en las semanas que llevábamos hablando de que Bermejo tenía un contenedor de ese peso y que así, a granel, a millón de euros el terabyte, lo quería colocar en los medios de comunicación que quisieran comprarle su mierda. Vamos, que se prestaran a jugar el papel de camellos y colocarla haciendo negocio entre la población necesitada de droga dura.

No renunciamos a saber quién se cargó a Mario Tauste. Quizás algún día Castro es el excomisario Castro y también está de mierda hasta el cuello; y tal vez hasta lo que ocurrió en aquel despacho cuando nos llamó a capítulo esté grabado en otro terabyte que se ofrezca a los medios en un futuro no muy lejano.

Sí que sé que hemos repasado las cámaras de la A4 en los momentos previos a que alguien quisiera quitarse de encima el marrón de que en un control de la Guardia Civil le hicieran alguna pregunta incómoda sobre el origen de 250.000 euros en metálico. Pasa un Tiguan, con matrícula JTL, acabado en 5. Está a nombre de una de las sociedades del entramado financiero de Bermejo.

Estoy viendo en *Informe Semanal* la crónica de estos días. Me fijo en Marta Sarasola, abogada de FH&Co, bufete que ahora resulta que se encarga de defender los intereses de Bermejo y sus socios. Habla a la salida de los juzgados:

«Hemos pedido el levantamiento de las medidas cautelares para José Luis Bermejo, ya que no hay nada que en estos momentos justifique que deba permanecer en prisión. Pedimos medidas de garantías procesales y hemos hecho efectiva la fianza de 300.000 euros que solicita la fiscalía para que mi cliente pueda abandonar esta situación abusiva a la que se le está sometiendo. Creemos que será posible antes del lunes».

Paro la imagen. Reconozco al joven de peinado engominado y gestos inquietos a quien le cede una carpeta que porta en la mano, y con la otra le pellizca cariñosa y maternalmente un moflete. Es Solís, que a esta hora debe estar a 11.000 metros de altura sobre el Atlántico, con destino a Brasil.

Por aquí abajo, en la tierra, las fuerzas del demonio verían muy pronto equilibradas las toneladas de porquería que debían sostener. Al día siguiente, el país entero desayunó con una nueva entrega del reality de audios. La trama se superaba. Robledal, la que fuera la mano derecha del ex presidente en el Partido Conservador, y Ministra de Defensa, también se manejaba con la soltura propia de la confianza cómplice con el comisario Bermejo. Les acompañaba su marido, un controvertido empresario que no era la primera vez que un asunto turbio lo colocaba en el ojo del huracán.

Quedaba claro que no fraguaban el emprendimiento de un negocio muy limpio, porque no lo es intentar remover Roma con Santiago para hacer desaparecer un pendrive. Sobre todo si ese pincho guarda información que puede demostrar hasta qué punto podía estar pringado el Partido en el más escandaloso caso de corrupción de los últimos años, «el caso Furkel».